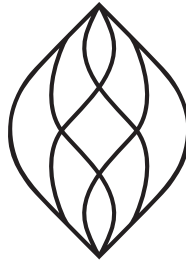


una tristeza decente



salvador marinero



EDITORIAL

nudista

salvador marinaro

una tristeza decente

Fósiles

I

Después de la cirugía de garganta, papá parecía un hombre nuevo, “cambiado” decía mamá. A las cinco menos cuarto de la tarde, pasaba por casa para llevarnos a buscar trilobites en el cerro San Bernardo. Fue justo después de que inauguraran la ruta al mirador, habían dinamitado partes de la ladera y quedaban grandes espacios de piedras amarillentas, como cicatrices en el medio del monte. Entre las lajas había fósiles, huellas de un mar devorado por el cerro: amonites, conchas, troncos petrificados y, por supuesto, trilobites. Papá decía que lo esperaríamos a las cinco, cuando el sol empezaba a bajar. Él llegaba a las menos cuarto, estacionaba en el portón y no bajaba del auto. Con el pelo engominado hacia atrás, la corbata suelta y el brazo colgando de la ventanilla, miraba hacia la puerta de casa. Yo lo veía detrás de la cortina sin avisarle a mamá, como si formáramos parte, él y yo, de un rito que cada tarde debíamos repetir. A las cinco en punto, salíamos. Guille lo saludaba

con cautela, todavía dudaba de aquel hombre que se parecía tanto a nuestro padre, pero que había cambiado para bien. Le hacíamos señas para que nos esperara y yo cargaba una mochila con un set de paleontólogos en miniatura que nos había regalado un tío de Buenos Aires. Tenía pinceles, palas, moldes de plástico y un manual instructivo de “Pequeños paleontólogos”. Mamá se encerraba en la cocina y nos despedía sin verlo. Supongo que en ese momento cualquier acercamiento entre ellos hubiera cuestionado el equilibrio mínimo que habíamos construido como familia. Papá nos saludaba con un abrazo y subíamos al auto. Decía “vámonos” con la voz profunda y rasposa que le había quedado después de la cirugía.

Todo sucedía al estilo de una película de domingo. Papá ponía un viejo casete con un sketch de dos cómicos que interpretaban un príncipe y un juglar. Los actores cantaban su amor a la misma princesa y, entre estrofa y estrofa, las palabras se cruzaban hasta que terminaban a los golpes. Nosotros nunca nos cansábamos de repetir las canciones, cantábamos con ellos, luchábamos con ellos por la misma princesa y reíamos a carcajadas, mientras los rayos de un sol tibio se colaban por la ventanilla. Papá se desabrochaba los dos botones de la camisa y dejaba la corbata sin desatar en el asiento trasero. En mitad de la cornisa, doblaba a la izquierda en un camino de ripio que solo conocía él -ese secreto nos entusiasmaba- y estacionaba el auto en el medio de dos abras. Los tres bajábamos con el set de paleontólogos, él se sentaba en una pirca al costado del camino, mientras nosotros subíamos las lomadas. Desde allí se podía ver toda la ciudad.

Papá leía uno de sus expedientes amarillos, cosidos con hilo grueso por un margen. Nosotros trepábamos, subíamos

y bajábamos por la ladera y, al volver, teníamos los bolsillos cargados de piedras. Se las entregábamos como ofrenda. Él intentaba salvar sus expedientes de nuestras manos llenas de tierra. Las inspeccionaba sosteniéndose la barbilla y decía con un tono forzado: “Están en excelente estado de preservación. La de allá muestra la estructura exacta de la era paleozoica”. ¿Paleozoica? Él no sabía nada de fósiles, geología, paleontología, jugaba con nosotros y había aprendido las palabras de memoria para mostrar que estaba interesado.

En casa, después de despedirnos, los dos apilábamos nuestros hallazgos en una caja de zapatos que mamá quiso tirar a la basura mil veces. Teníamos tantos fósiles que se me ocurrió hacer un museo. Donde estaba a medio construir el asador, acomodamos los ladrillos sueltos como si fueran exhibidores y pusimos un fósil en cada uno. Primero las algas fosilizadas, después los amonites y en el centro las vedettes de nuestra exposición, los trilobites. Leyendo el manual de los pequeños paleontólogos descubrimos los nombres de esas cucarachas prehistóricas y las eras a las que habían pertenecido. A mamá no le gustaba nada que pasáramos la tarde armando pilares con ladrillos, entre hierros oxidados y baldosas rotas, pero después ella nos ayudó con los carteles. Le llevamos un fibrón y varias cartulinas blancas para que escribiera los nombres, la edad aproximada y la procedencia: todos decían “cerro San Bernardo”.

Papá fue el único invitado a nuestro museo. Mamá dejó que pasara a la casa después de una semana de ruegos. Nos dijo que sí, con la condición de que fuera la única vez. Cuando él entró, ella se había encerrado en la cocina. Nosotros lo hicimos pasar, le indicamos el pasillo como si fuera un invitado,

cruzamos el patio y llegamos a la parte trasera donde iba a estar el asador. Él recorrió los pilares de nuestra colección ras-cándose la barbilla, miró cada roca, leyó las cartulinas una por una. No dijo nada hasta que terminó de verlo todo. Con el tono forzado de la “era paleozoica”, reconoció que teníamos un futuro brillante, que éramos unos excelentes paleontólogos y que nuestro museo debía ser visto por todos. Antes de irse, tocó la puerta de la cocina con delicadeza, pero mamá no respondió.

No supimos nada de él por una semana o quizás dos. Yo suponía que le había agarrado uno de sus arranques y no quería acercarse a nosotros. Mamá estaba un poco triste, pero no dejaba de repetir que “así son las cosas, hay que acostumbrarse”. Cuando ya estábamos convencidos de que no volvería a aparecer por mucho tiempo, sonó el teléfono y escuché su voz, entre juguetona y seria, que nos pedía que juntáramos los fósiles con prolijidad. Había encontrado el lugar perfecto para nuestra colección. Nosotros lo obedecimos sin cuestionarlo, envolvimos las piedras en papel de diario y las pusimos en cajas numeradas, como nos había enseñado el manual.

Al otro día, él pasó a buscarnos y cargamos las cajas en el baúl lleno de expedientes y papeles. Cuando los tres subimos al auto, explicó que nos íbamos al Museo Provincial. Había hablado con el director, que nos esperaba. Recuerdo el camino hacia el museo, diez minutos son suficientes para que dos chicos sueñen que realizaron el descubrimiento científico del siglo. En la escalinata de la entrada, un hombre vestido con un chaleco de excursionista recibió nuestra carga y prometió

que algunos fósiles serían expuestos. Saludó a papá, tocándose un sombrero invisible, y nos dio la mano apretando fuerte.

—Salieron machitos como el padre —dijo y se perdió por la puerta del museo.

Después de entregar nuestra colección, seguimos yendo al San Bernardo por las tardes, pero los fósiles aparecían con menos frecuencia como si los hubiéramos depredado hasta la extinción. Por ese entonces, papá ya no se escondía en el auto cuando venía a buscarnos, ni mamá se quedaba encerrada en la cocina. Empezaron a acercarse de a poco. Primero un saludo con la mano desde la puerta, una conversación casual y, por último, un beso en la mejilla. Fueron meses tranquilos en los que yo intuía que papá había cambiado para siempre.

Una tarde decidimos ir al Museo Provincial para ver la leyenda con nuestro apellido que enmarcaba los trilobites como había prometido el director. Éramos tres espías en una misión encubierta, pagamos las entradas a la mujer de la boletería, que nos atendió con el desinterés que solo puede tener la encargada de un museo provincial. Recorrimos el sector de aves, reptiles y mamíferos. Nuestro reflejo brilló en los ojos de vidrio de un oso embalsamado. Cruzamos el pasillo por el cual se llega a la sala del director y llegamos al salón de “Paleontología”. Dos fierritos de metal sostenían el caparazón de un armadillo, dos ramas fosilizadas protegidas por un vidrio, carteles que explicaban la *explosión de vida del cámbrico*. Recorrimos cada vitrina, leímos una por una las leyendas y volvimos a recorrer cada rincón. Ninguno, ni uno solo de nuestros trilobites, estaba expuesto. Papá, tan sorprendido como nosotros, revisó acelerado las vitrinas buscando un lugar que se le hubiera pasado por alto.

—Esto no va quedar así —dijo.

Caminó decidido a entrar a la sala del director, pero la mujer de la boletería lo detuvo con un chistido desde la casilla. Le dijo que el lugar estaba restringido para los empleados. Papá le explicó que habíamos hecho una donación de fósiles, con la promesa del director de ser expuesta. “Son chicos”, dijo, “tienen expectativas y sus piedras no están en ningún lado”. Ella escuchaba con la misma expresión de desinterés con la que nos recibió. El tono de papá pasó de profundo a amenazante. La mujer repetía que no podía hacer nada, que el director estaba fuera de la ciudad y él tomaba las decisiones sobre la exposición.

En un momento, papá dijo “usted no entiende” y golpeó la casilla con la palma abierta. Los vidrios hicieron ruido de campanas por el golpe. La mujer tardó unos segundos en comprender lo que había pasado, después salió del cubículo sin decir nada y se perdió por el corredor. Volvió acompañada por un guardia con una campera negra, que se paró de brazos cruzados para controlar que nos fuéramos en ese instante.

Salimos por la puerta y papá contestó a los gritos que en el Poder Judicial de la Provincia estarían al tanto de esta situación. Su voz hacía que cada palabra sonara como una sentencia o un mandato. Salimos del museo y papá le preguntó al bedel que barría la escalinata cuándo venía el director.

—Atiende los lunes —contestó y nos siguió con la mirada mientras subíamos al auto.

Él llamó desde su despacho para programar un turno y a la otra semana, nos presentamos en la boletería. La mujer al vernos se inclinó para llamar al guardia, pero papá la detuvo y le pidió que le dijera al director que el “Doctor Pettineo

había llegado”. La mujer pidió que esperásemos en la puerta y nos indicó un banquito de plaza instalado en el centro del salón. Nosotros estábamos inquietos, nos paramos delante de la exhibición de una serpiente, al frente de la sala del director. El cuerpo disecado emergía de unas ramas secas, tenía la cabeza amarilla y el cuerpo con manchas verdes. Miraba fijo a un ratón erguido en dos patas con una semilla de girasol en la boca. Guille se aburrió de la serpiente y buscó unas revistas que estaban sobre la mesada. Con los crayones, que yo había guardado en mi mochila, coloreaba las fotos de casamientos de las familias famosas. Un momento después, Papá entró al despacho del director.

Yo me cansé de revisar las exposiciones de mamíferos y aves que embalsamadas perdían la gracia de ser aves. Guille diseñó un bigote y barba a cada novia y dama de honor de las revistas. No sé cuánto tiempo había pasado desde que Papá entró a la sala del director. Las luces blancas me hacían acordar a aquella tarde cuando lo vimos en el hospital después de la operación de garganta. En coma sobre una camilla, su cuerpo estaba envuelto por tubos y cables que se conectaban a un respirador artificial. Guille hizo un dibujo que mamá tituló “papá que te recuperes pronto” y lo dejó apoyado sobre la mesa de luz. Lo cierto es que, para mí y Guille, aquel hombre era poco más que un extraño. Empezó a ser un padre cuando se recuperó de la enfermedad y propuso por primera vez llevarnos al cerro San Bernardo.

Al salir de la sala del director, él tenía un aire de haber ganado la guerra. Dijo que todo estaba solucionado y nos tomó de la mano, satisfecho. Supongo que para él la exposición de

los fósiles era una demostración ante sus hijos, un ejemplo de que él era un hombre distinto.

La semana siguiente volvimos al museo. Entramos sin pagar, cruzamos el salón de la serpiente, la exposición de las aves, mamíferos y llegamos a la sala de Paleontología. Allí, en un costado, alrededor de unos troncos fosilizados, había dos trilobites. Tenían una leyenda que decía “Fósiles encontrados por la familia Pettineo”. No hacía ninguna referencia a la era o la procedencia de aquellos insectos. Nada de nada.

Cuando caminábamos de regreso al auto, dediqué el viaje a explicar cuáles eran las características, las formas del cuerpo, la alimentación y por qué habían terminado en el interior del cerro San Bernardo. Mis palabras no disminuyeron la satisfacción que teníamos los tres de haber visto la exposición. Más bien, era parte del regodeo de haber ganado. El triunfo me daba la sensación de que todo iba a mejorar a partir de ese momento.

Y de alguna manera, así fue.

II

A veces pienso que hay una conexión entre la tarde del museo y los últimos meses que papá vivió con nosotros. Un día después que volvimos del cerro, mamá nos sentó y dijo con seriedad que había decidido lo mejor para la familia. Quería que tuviéramos una figura paterna en la casa y papá parecía un hombre cambiado. Además era bueno que lo viéramos todos los días y no solo a las cinco de la tarde cuando venía

a buscarnos. Repitió que los meses internado en el hospital habían hecho de papá un hombre nuevo. Yo sabía por donde venía la cosa: él volvería a vivir con nosotros. De alguna manera, ya lo presentía. Se los podía ver hablando en la puerta de la casa y sonriendo. Supongo que el hecho de que él pasara tiempo con nosotros ya era un argumento para que mamá considerara volver con él. Cuando recibimos la noticia, Guille se paró de un brinco y empezó a correr de la excitación, como si hubiera metido un gol imaginario. Con papá en la casa no tendríamos que escuchar los comentarios de la maestra de Catequesis sobre los hijos de matrimonios separados, ni aguantar la burla de los compañeros de clase.

La semana que papá volvió fue una fiesta: pedíamos comida china, helado de postre, fuimos al cine, a los jueguitos y al parque en un acto de seducción que parecía que no iba a detenerse nunca. Después de volver a casa, el primer plan de fin de semana fue llevarnos de campamento. Alquilamos una lancha en el embarcadero del dique Cabra Corral, anduvimos por horas con el viento húmedo en la cara hasta que encontramos un islote donde prender fuego y acampar. Fueron dos días de paseo y pesca en la boca del río. Al volver el domingo por la noche, papá recibió una llamada del ministro de Justicia. Él había concursado un nuevo puesto antes de volver a vivir con nosotros y ahora le comunicaban el ascenso. Me acuerdo que esa noche prometió que nos iríamos de vacaciones a Mar del Plata. Para festejar, mamá abrió un champagne que tenía guardado hacía años en el fondo de la alacena. Sin poner resistencia, dejó que papá tomara una copa y se besaron.

Durante esos meses, Mamá estaba satisfecha. Decía que la presencia de un hombre era necesaria para nuestra educación

y que se sentía más segura en la casa. Poco tiempo después de su ascenso, papá empezó a recibir llamadas a cualquier hora. Llevaba una libreta para todos lados, donde anotaba el número de juicio, los nombres de los imputados y las instrucciones que daba a la policía. A veces, volvía a la casa y se quedaba dormido con la televisión prendida. Mamá pasaba con frecuencia de la felicidad de tenerlo en casa a la angustia, porque pronto empezaron de nuevo las discusiones. Una vez discutieron si la escuela a la que nos mandaban era digna del “hijo de un juez”.

—Y qué querés que haga si no los viste por un año —le contestó señalándonos a Guille y a mí, que jugábamos en el piso de la cocina. Papá se puso de pie y le contestó que no iba a aceptar que ella dijera eso.

—Pero no apareciste por años.

—VOS ME ECHASTE.

Mamá se frotó los ojos con el dedo índice y el pulgar. Después, le pidió que discutieran lejos de nosotros.

—No voy a dibujarles una familia perfecta —le contestó y se fue al escritorio, donde tenía sus expedientes.

Como la discusión se extendió por varios días o más bien se multiplicó en otras, decidieron no postergar más las vacaciones a Mar del Plata. Papá pidió licencia y llevó el auto al mecánico para que lo revisara antes de manejar en la ruta. Hicimos las valijas con mamá, que guardó las remeras, shorts, su bikini y un vestido negro de fiesta por si había alguna ocasión. Cargamos el baúl entre los tres y pusimos la conservadora del camping cargada de gaseosas y papas fritas entre el asiento del acompañante y el conductor. Mamá estuvo callada la mayor

parte del viaje, nosotros le pedíamos que pusiera el sketch de los dos comediantes, pero ya no tenía el mismo efecto. Ya no cantábamos con los músicos, ni peleábamos por la princesa. Papá quería llegar cuanto antes, así que pisó el acelerador y no hizo ninguna parada salvo para almorzar en Ojo de Agua. Mamá repetía que baje la velocidad.

Mirando las salinas interminables entre Santiago del Estero y Córdoba, mamá preguntaba cada media hora si queríamos estirar las piernas o tomar agua. Guille estaba cansado y decía que le dolía todo por estar sentado. Al ver la expresión de papá por el espejo retrovisor, yo trataba de calmar a mi hermano.

Llegamos a Mar del Plata a mitad de la tarde. Habían alquilado un departamento de dos cuartos cerca de la playa. La primera noche durmieron juntos en la cama matrimonial y nosotros ocupamos la segunda habitación que tenía dos cuchetas. Papá estaba tan exhausto de manejar que se quitó los zapatos, se acostó con el pantalón puesto y durmió un día entero. Las paredes del departamento eran tan finas que no pudieron ocultar la discusión, a la tarde del otro día. Que manejaba como una bestia, que nos puso en peligro a los cuatro, que ella era una tonta por creer que había cambiado. Nosotros jugábamos con muñecos y dinosaurios de juguetes en el centro de la sala.

Esa noche cambiaron a Guille de habitación. Yo dormía con papá en la cucheta y Guille en el cuarto matrimonial con mamá. Esa distribución se mantuvo también durante el día. Nosotros jugábamos haciendo castillos de arena en la playa, mientras mamá y Guille buscaban conchas y caracolas en la costa. Ellos solo conversaban cuando nosotros estábamos cerca.

A la vuelta, papá manejó con calma sin decir una palabra. Le pedimos que pusiera música para tapar el silencio, aunque el ruido de la estática ocupaba la radio por horas. Al regresar de Mar del Plata, mamá le pidió a la abuela que viviera con nosotros. Papá había vuelto a fumar y a tomar. El ruido de la tos seca invadía el pasillo de la casa como si fuera una advertencia. Se encerraba en el escritorio y no salía por horas, yo sentía el olor a cigarrillo que se filtraba por la rendija de la puerta y mamá le gritaba desde la cocina que lo apagara. Eso lo ponía más nervioso y entonces se iba de la casa, dando un portazo.

—Hay personas que no saben vivir felices —decía mamá.

Cuando hacía buen tiempo, papá solía trabajar en el jardín, sentado en una mesa de hierro. Esa tarde, Guille y yo jugábamos al fútbol. Él levantaba los ojos del expediente cada vez que alguno de los dos gritaba gol y, a veces, lo festejaba con un guiño. Esa tarde, Guille hacía jueguitos con la pelota, papá sumergido en sus papeles sostenía un cigarrillo con la mano. Guille pateó con fuerza, diciéndole “pase alto”. La pelota arrancó una de las hojas del expediente, que salió volando sobre el césped y le pegó en la cara. El resto lo vi en cámara lenta: papá se puso de pie, caminó hacia nosotros, levantó una mano, el cigarrillo colgaba de la otra y Guille se mantuvo quieto, con una expresión que oscilaba entre el miedo y la sorpresa. Papá se le acercó y le pegó una trompada tan fuerte que no le dio tiempo a llorar. Vi la culpa en sus ojos en el segundo posterior a la trompada, como si en ese instante se diera cuenta del significado de lo que acababa de suceder. Después, el llanto de Guille, que emergía desde un lugar profundo, casi recóndito, donde había sido guardado y

acumulado desde hacía años y ahora salía todo de golpe. Yo solo atiné a quedarme quieto y mirar.

Papá levantó a Guille en brazos, pidiéndole disculpas a él, disculpas a mí, y rogándole que lo perdonara. Prometió que construiría una casita en el árbol para que jugáramos los dos. Guille se secó los mocos con la manga de la remera sin verlo de frente. Cuando lo dejó en el piso, yo lo llevé al baño de nuestra habitación para secarle las lágrimas y lavarle la cara. Mamá golpeaba la puerta, preguntando qué había pasado.

Al día siguiente, papá compró maderas, sierras y clavos para armar una casita del árbol. Colocó los tablones contra el ceibo del patio y después montó una plataforma. Nos despertó el sonido de los martillazos. Decía que el refugio iba a estar listo antes de que empezara el otoño.

La vida entre las piedras

Ania abrió la verja del jardín que separaba la casa de campo y el monte. Desde que llegaron con sus padres y su hermano menor, no había parado de llover. La pileta tenía un color verdoso y opaco, había charcos de barro por todo el jardín y el camino estaba lleno de piedras y ramas caídas. Odiaba estar encerrada, le habían prohibido que volviera a jugar a las muñecas con Mati o que lo disfrazara de mujer. Qué va decir tu papá si lo ve así, dijo la madre sacándole el maquillaje. Su padre no iba a decir nada, no hubiera notado que su hijo estaba vestido como la princesa de Mónaco o como una geisha del Japón, si todos los días salía a la hora del amanecer y volvía casi de noche. Habían comprado la casa de campo porque a él le gustaba estar cerca de la ciudad para ir al negocio, mientras la familia estaba de vacaciones.

—Mirá, qué gracioso: ellos de vacaciones y yo trabajando —decía en las reuniones familiares, con esa risa forzada que siempre hacía delante de sus primos.

Pero jugar con Mati a las muñecas no era lo único que le habían prohibido. “Tampoco vuelvas a corretear por el

monte”, la retó su madre. En el verano anterior, se había ido por la puerta trasera hacia el río como siempre, pero las crecidas habían tapado el abra de nogales y ella agarró por una senda que se volvía cada vez más empinada. Se dio cuenta que estaba perdida cuando empezó a oscurecer y las hojas de los árboles goteaban. Se sentó en un peñasco y se quedó en cuclillas, abrazando sus rodillas, porque hacía frío. Un par de horas después, el jardinero la encontró con una linterna en la mano. Cargó a Ania como si fuera una niña pequeña. Cuando llegaron a la casa, el padre ya había llamado a la policía. Su madre le dio un sermón que duró hasta la medianoche. Que no tenía conciencia de lo que había hecho, de lo mucho que ella, su madre, se había preocupado (porque quien daba los sermones, prohibía los juegos y castigaba era ella, su madre). Frotándose la frente con dos dedos, le decía que toda la familia estuvo en vilo por ella. “Estar en vilo”, ella imaginaba a su madre como una equilibrista caminando sobre una cuerda floja y que al más mínimo soplado podía caerse. La imaginación de Ania hacía aquellos juegos, mientras su madre le hablaba. Su hermano estaba sumergido en un juego con legos y su padre miraba la ventana como si estuviera afuera de la sala. Al final, le prohibió salir al monte y como último golpe le dijo que “ya estaba grande para estas cosas”. Grande para corretear en el río, para jugar a las muñecas, para tener un amigo imaginario, para intentar escapar del encierro obligado de cada verano. Grande para todo aquello, pero no lo suficiente para quedarse durante el verano en lo de la abuela o con una de sus mejores amigas. Encima, no paraba de llover. Ania sentía que la casa se llenaba de moho, un moho verde avanzaba por debajo de las puertas, entraba por los cuartos, ocupaba el baño, salía por

las canillas, invadía las camas y tomaba de las pantorrillas a su madre. Ya no aguantaba más estar encerrada, por eso esperó a que la lluvia parase y salió de la casa camino al abra.

Dejó la verja como estaba para que nadie la siguiera. Agarró por el camino lleno de charcos y espinos hacia el río. Sumergió una de sus zapatillas en una mezcla de agua estancada y musgo. Sacudió la pierna para quitarse la suciedad; trató de limpiarse con unas hojas de una enredadera, pero las manchas marrones y verdes ya habían camuflado su pantalón. Se dijo que no importaba, le podía echar la culpa a Mati, que salió corriendo cuando ella le había dicho que no, ella lo siguió y ¡zás! se resbaló.

Ahora tenía que seguir antes de que la lluvia empezara de nuevo. Tenía que encontrar a Crespín en el abra de los nogales. Fue él quien le enseñó que esos árboles eran nogales y los de más allá, olmos. Era su mejor amigo en todo el mundo y lo visitaba cada vez que venía a la casa de campo. Él entendía cuando Ania imitaba la voz de la madre, recién levantada de la siesta, que le decía que ya era grande para esto, para aquello y para todo lo divertido. Crespín se reía con ella.

Llegó a la vera del río, que estaba bravo, buscó la parte más angosta para cruzarlo, donde había unas piedras que servían de puente. Dio saltitos entre piedra y piedra. Llegó a la otra orilla, se agarró de los helechos y arbustos para no caer y siguió por el camino más angosto. Dobló hacia la izquierda y se agachó para esquivar las ramas de un molle. Echó a correr, porque sentía que iba a llover de nuevo. Las ramas le rasparon la rodilla y le dejaron marcas rectas de barro en la remera.

Llegó agitada al pie del monte, el abra tenía una pirca que usaba para sentarse. Se acomodó, estiró las piernas y llamó a Crespín por su nombre.

La primera vez que lo vio, Crespín era solo una piedra, casi redonda, gris con una grieta en el medio. Con una rama tiznada que encontró en el piso, le dibujó rulos negros. Le hizo unos pies peludos, una narizota y una sonrisa a la que le faltaba un diente. En el medio de la grieta, le puso una pluma que había encontrado en el camino como un penacho. Le decía Crespín por el jopo enrulado que caía sobre los ojos. Cuando Ania sacaba los juguetes de la casa, él hacía de comensal en la mesa de té, cura en el casamiento de las muñecas y árbitro en las carreras de autitos. Se transformó en el amigo especial de las vacaciones, al que encontraba para huir del encierro de la casa de campo. El primer verano después del nacimiento de Mati, Ania buscó a Crespín todas las tardes. Al principio, antes de hablar con él necesitaba dibujarle de nuevo los ojos, la boca, poner la pluma en su lugar. Después imaginaba todo: las reacciones de Crespín, los gestos que arrugaban la piedra y la sonrisa a la que le faltaba un diente.

Con el tiempo, Ania también le dio una historia: Crespín era el último de una especie que vivía en lo profundo del bosque, se alimentaba lamiendo musgo y comiendo raíces. Dormía la mayor parte del año y despertaba en verano, justo cuando ella llegaba con su familia. Crespín tuvo un padre, una madre y un hermano menor, como Ania, que desaparecieron cuando empezaron a construir las casas alrededor de La Quebrada. Los obreros confundieron al padre de Crespín con un peñasco ordinario y construyeron con él el puente en la casa de los D'Andradea. El resto de la familia huyó hacia lo profundo del bosque, pero Crespín no pudo seguirlos porque se había quedado dormido. Desde ese momento, él vivía escondido en el abra y solo podía mostrarse a ella, que

también era parte de una especie única que se estaba extinguiendo. Por eso se entendían bien. Cuando Mati cumplió dos años, el juego preferido de Ania y Crespín era buscar a los verdaderos padres de Ania. Ella imaginaba que una pareja de aventureros (ella bióloga y él arqueólogo) se habían internado en lo profundo de La Quebrada en busca de una civilización perdida y que habían sido apresados. Los sacerdotes de la civilización los habían tomado prisioneros para que no rebelaran el secreto de su ubicación. Imaginaba con Crespín que sus padres reales tuvieron que abandonarla, dejaron a su amada hija en una cesta sobre el río, que bajó hasta donde doblan las aguas. Entonces su madre sustituta (la madre de Mati) la había encontrado y, al verla tan linda, tan linda, decidió criarla como suya. Sostener tanta mentira profundizaba las migrañas de su madre.

Cada tarde, ellos inventaban una historia distinta de los padres reales de Ania que estaban en el medio de la selva. La bióloga y el arqueólogo planeaban su escape, atravesarían el río cuesta abajo hasta la casa de campo, donde tocarían el timbre. Ella abriría la puerta, porque su madre sustituta siempre estaba encerrada en el cuarto. Allí, los reconocería por el pelo castaño y lacio, los ojos grandes del padre y esa manera de hablar tan propia de Ania, como si las palabras se pisaran los talones entre ellas y por la que su madre sustituta le decía que parecía tartamuda. Ella iría a vivir con sus verdaderos padres a una casa del árbol en el medio del monte, donde Crespín podría visitarlos cuando él quisiera. Crespín le había dictado un mapa de los caminos para entrar a lo profundo del monte. Él conocía los recovecos, la dirección a las cascadas y cuevas que rodean al río en la parte alta de La Quebrada. Ania nunca

intentó avanzar más allá de los alambrados que estaban a dos o tres quilómetros, siguiendo el camino de los nogales. La detenía un sentimiento de culpa al alejarse tanto de la casa de campo. Cuando se aburría de imaginar la historia de la bióloga y el arqueólogo, diseñaba los planos de la casa del árbol.

Una vez le comentó a su madre (la sustituta) la existencia de Crespín. Mati ya había cumplido cuatro años y habían hecho una fiesta con los primos del padre. Ania ayudó a poner la mesa, se rio de los chistes tontos que le hacía el tío Gringo y jugó a las escondidas con los hijos más grandes del tío Alberto. El clima de fiesta y vivaracho de su madre había convencido a Ania de que este era el momento para contarle todo. La ayudó a llevar los vasos y platos a la cocina y, cuando estuvieron solas, le dijo que tenía un amigo secreto en el bosque.

—¿Cómo? —le dijo la madre.

Ania describió a Crespín.

La madre se quedó callada con un vaso enjabonado en la mano.

—Lo único que te pido es que no hables de él... justo ahora —le contestó mirando en dirección a la mesa familiar.

Los pedidos de su madre siempre eran “los únicos”: lo único que te pido, un solo favor, una sola orden. Cada semana había una nueva y única petición. Cuando le contó a Crespín todo lo que había sucedido, él entendió perfectamente que su familia no quisiera saber de él. Al fin y al cabo, por esa razón, él permanecía escondido en el abra.

El año que los médicos diagnosticaron las migrañas a su madre, Ania se dio cuenta que Crespín, además de un buen compañero de juegos, la escuchaba con atención. Aquel verano la “única petición” de su madre había sido que ayudara

en la casa, barrera el living, pasara el haragán cuando la lluvia entraba por debajo de las rendijas de las puertas, limpiara los platos con Mati y, básicamente, se hiciera cargo de las tareas de la casa. Su padre siempre la felicitaba antes de volver a la ciudad, “ya te podés casar”, decía. Cuando Ania terminaba de secar los platos, dejaba uno por uno en el secador, salía por la puerta trasera y se iba hasta el abra en busca de Crespín. Como la madre pasaba las horas de la siesta encerrada en la habitación, Ania tenía libertad para irse sin que nadie la molestara. Si no se ensuciaba demasiado, incluso nadie se daba cuenta de que se había ido.

Había pasado un año desde la última vez que se vieron, Ania quería empezar a contarle lo que había sucedido la semana pasada, la mañana después que llegaron a la casa de campo. Quería decirle que ya no pensaba en escaparse y vivir en una casa del árbol en el monte, sino irse con la abuela al departamento en el centro. Pero su madre no la dejaba. Cuando llegó al abra, había empezado a chispear.

En el suelo, al lado de la pirca, encontró dos troncos chamuscados, que habían sido un fuego. Tomó una de las ramas tiznadas y sintió que debía apurarse. Dibujó los brazos y los pies como había imaginado la primera vez. Con precisión le hizo la boca, una sonrisa simple, prolija, una nariz chata, recta y todos los dientes en fila. Mientras buscaba la pluma para poner en el centro de la abertura, miró a Crespín, casi listo, y se dijo que ahora dibujaba mucho mejor que antes. En el tronco de uno de los nogales, encontró colgando una orquídea del aire que sería perfecta como penacho. La tomó y la puso entre ceja y ceja.

Lo abrazó.

Crespín sostenía la sonrisa, que empezaba a correrse por los goterones que filtraban los árboles. La miraba fijo, con los ojos negros y grandes, y el penacho de orquídea que se movía por el viento. Entonces, Ania le contó que la mañana del martes descubrió una manchita entre las sábanas y el pantalón del pijama. No hubiera significado nada si Mati no la hubiese descubierto. Él empezó a gritar, riéndose de que se había hecho encima. La madre salió del cuarto y Ania se vio obligada a mostrar la mancha del pantalón y a escuchar lo que había escuchado tantas veces en el colegio, con sus compañeras y la maestra. Al final, la madre le prohibió que vuelva a bañarse con Mati y le dijo que ahora era una señorita para andar con las tonterías de siempre.

El ruido del viento se dilataba por toda el abra, Crespín apenas podía mantener los ojos abiertos por la lluvia. Ania tenía el pelo mojado y la remera empapada. Cerró los ojos para limpiarse las gotas que le corrían por la cara y al abrirlos vio la boca, los brazos y los pies corridos de Crespín, como una mancha amorfa en la piedra que, ahora, ya no era Crespín sino una piedra gris, con una grieta en el medio y una rama de orquídeas diminuta que se movía por la brisa. Se dijo que ya estaba grande para esto.

Con el puño de la remera, borró los ojos que seguían nítidos. Después tomó el camino de ripio en dirección a la casa de campo, pensando cómo le explicaría a la madre que se había ensuciado tanto.

Hacé clic en el logo de abajo para seguir leyendo
este libro en la **biblioteca digital nudista**.



Del Autor

Salvador Marinaro nació en la provincia de Salta en 1988. Es escritor y periodista. Trabajó como docente en la Universidad del Salvador y la Nacional de la Plata. Obtuvo los premios Azucena Villaflor de las Madres de Plaza de Mayo (Línea Fundadora), Filosofía Sub-40 y el Certamen Regional de cuento del Noroeste Argentino, entre otros. Algunos de sus artículos fueron publicados en la Revista Anfibia, Ñ, Viva y La Gaceta Literaria. En el 2010, publicó el libro de poesía *Sinfonía de Mareados*. Actualmente, reside en Shanghái donde cursa un doctorado.

Índice

- 007 ::: *Las formas del olvido*
015 ::: *La Marilín*
023 ::: *Un día de reyes*
037 ::: *Viaje de vuelta*
045 ::: *Fósiles*
059 ::: *Ladridos*
067 ::: *La vida entre las piedras*
075 ::: *La obra de Mastroverdi*
085 ::: *Los suplicantes*
091 ::: *La cacería*
101 ::: *Cruzar la autopista*

otros títulos publicados:

- despiéntenme cuando sea de noche - fabio martinez (cuentos)
1027 - eloísa oliva (poesía)
el mundo no es más que eso - martín maigua (poesía)
vida en común - pablo natale (poesía)
casa de viento - antología personal - osvaldo bossi (poesía)
newton y yo - marcelo daniel díaz (poesía)
cielos de córdoba - federico falco (nouvelle)
unos días en córdoba - juan terranova (diario-crítica)
la pared - irene gruss (poesía)
el loro que podía adivinar el futuro - luciano lamberti (cuentos)
el tiempo en ontario - eloísa oliva (poesía)
orquídeas - margarita garcía robayo (relatos)
avenida de mayo - silvio mattoni (poesía)
K I K I 2 - cuqui (diario)
villa olímpica - carlos surghi (poesía)
los centeno - pablo natale (novela)
los pibes suicidas - fabio martinez (novela)
romper la vida - antología existencial - alejandro schmidt (poesía)
experimentos con seres humanos - carlos schilling (relatos)
razones personales - franco boczkowski (poesía)
la vertiente - sergio gaiteri (novela)
el asesino de chanchos - luciano lamberti (cuentos)
lima y limón - antonio jiménez morato (novela)
las noticias - hernán arias (novela)
donde empieza a moverse el mundo - carina radilov chirov (cuentos)

otros títulos publicados:

- el momento de debilidad - bob chow (novela)
yo soy aquel - osvaldo bossi (novela)
un oso polar - pablo natale (cuentos)
la cabeza del monstruo - agustín ducanto (cuentos)
acá había un río - francisco bitar (cuentos)
EL ÁGUILA HA LLEGADO - bob chow (novela)
los niños de renoir - mariana robles (poesía)
viaje de omar - adrián savino (novela)
firket mision tropical - marcelo miceli (novela)
el resto de los días - natalia ferreyra (relatos)
disfrazado de novia - carlos schilling (relatos)
an zoología - leopoldo castilla (poesía)
viento caribe - leopoldo castilla (poesía)
ngorongoro - leopoldo castilla (poesía)
los impuros - analía giordanino (relatos)
luces de navidad - francisco bitar (relatos)
historia universal de santiago del estero - andrés navarro (poesía)
las siete maravillosas antologías contemporáneas - pablo natale (poesía)
cometa de la noche negra - diego vigna (novela)
dioses del fuego - fabio martinez (cuentos)
la tarde de los profetas - juan revol (poesía)
lecciones de romanticismo alemán - carlos surghi (poesía)
c6 c7 - fernando callero (novela)
el montaje obsceno - claudio rojo cesca (cuentos)
detrás de las imágenes - daniel medina (novela)
hikaru - mario flores (novela)

marinara, guillermo salvador
una tristeza decente / guillermo salvador marinara. - 1a ed. -
río tercero : nudista, 2018.
120 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1959-76-1
1. cuentos. I. título.

CDD A863

ficha técnica:

foto de tapa ::: lucila carzoglio
diseño y edición ::: martín maigua

contacto:

facebook ::: @edinudi
twitter ::: @edinudi
contacto@editorialnudista.com.ar
www.editorialnudista.com.ar

también disponible en ebook:

www.tiendanudista.com.ar

también disponible en nuestra biblioteca digital:

www.biblioteca.editorialnudista.com.ar



EDITORIAL

nudista

queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método: fotográfico, fotocopia, mecánico, reprográfico, óptico, magnético o electrónico, sin la autorización expresa y por escrito de los propietarios y el editor impreso en la argentina. todos los derechos reservados. queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723

ISBN 978-987-1959-76-1